

ferencias individuales independientemente del lugar económico del sujeto, precisando las mismas como naturales sin advertir su carácter de privilegios/mutilaciones adquiridas, rechaza las miserias recaídas sobre los miserables sin advertir el nexo causal entre ambas, *su plena historicidad dialéctica.*

1984 - ¿REGRESO EN EL PROGRESO? DE LA EUFORIA TECNOLÓGICA Y EL OPTIMISMO REVOLUCIONARIO SOCIALISTA A LA UTOPIA VERDE

Benno HÜBNER

I. ¿Es la utopía "1984" de Orwell la realidad de 1984? El fenómeno de la eclosión orwelliana.

1984 - big brother por doquiera. En grandes almacenes, quioscos, pantallas, librerías. Impreso, filmado, puesto en escena. Millones de veces reeditado, reseñado, discutido. Objeto de conferencias, disertaciones, seminarios. Altamente elogiado, severamente criticado. Big brother en tarjetas postales, naipes, ceniceros, t-shirts: quien no tiene metido 1984 en la cabeza ostenta al menos big brother en el pecho. Junto con su creador George Orwell alias Eric Blair eternizado en el gabinete de figuras de cera de Madame Tussaud. Big brother - big business.

Imaginarse que en lugar de 1984 el libro se llamase *El último*

hombre en Europa, título originariamente previsto por Orwell, o 1994, si, escrito sólo un año más tarde, Orwell hubiese aplicado la misma lógica de inversión para titularlo —todo este fuego pirotécnico orwelliano no se hubiera encendido hoy, en este año. Big brother no se hubiera convertido en el kitsch de platos de porcelana, ni 1984 en producto de consumo intelectual. No estaríamos nosotros frente a frente— aquí y ahora.

Y sin embargo: no sólo el título puede ser la causa de esta eclosión. El título es sólo la mecha, el detonante de la expectación de si hoy, 1984, en la era de las más sofisticadas tecnologías microelectrónicas de información y observación, Orwell tenía razón con su estado totalitario, con big brother omnipresente.

Para que 1984 nos pueda afectar del modo que nos afecta, el mundo descrito en este libro debe tener algo que ver con la realidad de 1984, aparte del título, deben existir hoy esperanzas y temores que en este libro pueden ser confirmados o refutados. Título, mundo pronosticado y realidad actual, si eliminamos uno de estos tres elementos, no hay hoy, 1984, esta eclosión orwelliana. Y para demostrarlo:

1°. Si, con el mismo título, la realidad actual fuera totalmente distinta, si, para poner un ejemplo, fuera la realidad de los años 60 en la RFA, caracterizada por el crecimiento económico y un estado recientemente constituido: libre, democrático y pluralista, 1984 nos parecería anacrónico, obsoleto, dejá vu, puesto que el estado totalitario acababa de sufrirlo Alemania en el nacionalsocialismo que mostró todo el síndrome orwelliano: un sólo partido, la Gestapo; el ministerio de propaganda, la cremación de libros, etc.

2°. Si, con el mismo título, el contenido del libro fuera distinto, por ejemplo el mundo utópico de Karl Marx después de la victoria del proletariado sobre el capitalismo y la supresión de las clases, aquel mundo idílico y bucólico de cazar, pescar, trabajar y hacer poesías cuando se nos antojara, hoy, ante nuestros ríos contaminados y árboles muertos por la lluvia ácida, ante la monstruosidad de nuestros habitats y la concentración hidrocefálica del poder estatal, sólo podríamos responder con una agria sonrisa.

Así el éxito mundial de 1984 del año 1948 parece repetirse en 1984 gracias a esta mezcla explosiva de título, contenido y mundo actual, pero bajo otro signo. Ya que si 1984 en el año 1948 había sido considerado como descripción real-socialista de los totalitarismos estalinista e hitleriano y empleado como arma ideológica contra el este en la guerra fría de aquellos años, hoy, en 1984, es con-

siderado como utopía, como profecía, cuya ironía estriba en que, paradójicamente, no se verifica en un estado llamado totalitario, sino justamente en aquellos estados que se autodenominan libres, democráticos y pluralistas. Así 1984, arma ideológica empleada en 1948 contra el comunismo, vuelve como bumerang hacia nosotros en 1984.

¿Pero tenemos realmente este estado totalitario, como dicen sobre todos los intelectuales y escritores de izquierda, o tienen razón aquéllos como M. Thatcher o F.J. Strauss, que han declarado al año 1984, refiriéndose manifiesta o latentemente a 1984, año de la libertad, de la paz y de la esperanza en el que no hay motivo para el miedo ni siquiera al hombre de vidrio? ¿No existe, en realidad, este estado totalitario sino sólo una histeria de estado totalitario? ¿O es que vivimos en mundos distintos?

Condiciones para que un estado pueda ser llamado totalitario y aplicación concreta: ¿Es la RFA un estado totalitario en el sentido de "1984"?

Saber lo que los distintos miembros de una comunidad o sociedad hacen, dicen e incluso piensan y almacenar estos conocimientos, siempre ha estado en el interés de aquéllos que se identifican con la sociedad y pretenden representar sus intereses. Puesto que, siempre que entre los intereses y las necesidades del individuo y los intereses y las necesidades comunes de la sociedad existía una contradicción de tal forma que el individuo podía lesionar los intereses comunes, el representante de los intereses comunes, llamémosle aquí brevemente el Estado, tenía que sancionar la lesión de estos intereses, fuera para reestablecer el orden jurídico vulnerado, fuera para, amenazado con una sanción, evitar una futura vulneración del orden jurídico.

La información e indoctrinación de los individuos singulares de la sociedad por un lado y la observación y el control por otro, constituían los medios imprescindibles del Estado para garantizar la imposición y realización de los intereses comunes o pretendidamente comunes. Tanto más grande era, por consiguiente, la posibilidad para un Estado de evitar la vulneración de un orden jurídico existente, cuanto más directo era su acceso a los cerebros humanos y cuanto más corto era el camino entre la comisión de un acto delictivo

y el conocimiento de éste por el Estado. La situación ideal se habría alcanzado allí, donde el Estado, después de la comisión de un acto delictivo, podría reaccionar inmediatamente con la aplicación de la sanción: por ejemplo en forma de un electroshock. El tormento físico que seguiría inmediatamente al placer del acto delictivo le quitaría pronto al delincuente dicho placer.

Si queremos saber si vivimos en un estado totalitario, se nos plantean aquí dos cuestiones: 1°. ¿Cuál es el interés del Estado por las ideas y los comportamientos y actos del ciudadano y hasta dónde llega esta voluntad estatal de reducir la individualidad de los ciudadanos en nombre del interés común? 2°. ¿De qué medios y posibilidades dispone el Estado para imponer su voluntad?

Es obvio que tanto más un estado puede ser considerado como totalitario cuanto menor es la libertad que concede a los ciudadanos individuales y cuanto más perfectos son sus instrumentos para realizar su voluntad totalitaria, tanto desde el lado de la información e indoctrinación como del lado de la observación y control.

Siempre fue preocupación de los estados totalitarios llenar las mentes con determinadas ideas —en términos de Marx: convertir las ideas de los dominadores en las ideas dominantes— para, a través del dominio sobre sus mentes, llegar al dominio sobre sus cuerpos, los cuales, caso de que se sustrajeran a ese dominio, debían con castigos ser llevados a la razón. Siempre fue su preocupación establecer la congruencia de las ideas particulares con las comunes, convirtiendo la opinión estatalmente publicada en la opinión pública, creando la identidad entre intimidad y publicidad y consiguiendo así la supresión de la tensión dialéctica entre los intereses particulares e intereses generales y su realización en aquella fórmula de Kant que dice: “sé común”, opuesta a la posterior “sé tú mismo” de Nietzsche. Con big brother, omnipresente en todas las pantallas, al mismo tiempo emisoras y receptoras, consigue Orwell la angustiosamente genial síntesis de los dos instrumentos más imprescindibles para la realización de la voluntad estatal totalitaria, la información y observación, y eso de modo que el Estado tiene acceso directo y permanente, es decir sincrónico, a todos los ciudadanos desde la central estatal del poder. Sólo Dios, colocado por las religiones cristianas en los cerebros humanos de tal forma que nos persigue hasta los más recónditos rincones de nuestro pensamiento, supera al big brother. Un Dios, por cierto, que no sería soportable, si no fuera el Dios del perdón y de la gracia, sino de la venganza.

¿Pero se ha cumplido la utopía de Orwell, se ha convertido en

realidad? ¿Es 1984 la realidad de la RFA como afirman unos, temen otros y aseveran rotundamente voces de la RDA? En donde, por cierto, los ciudadanos no pueden informarse de 1984, ya que esta obra sigue estando si no prohibida al menos no editada ni vendida. El 3 de enero de 1983 la revista “Der Spiegel”, mirando ya hacia el año 1984, escribió: La visión de Orwell “del estado de observación total se ha aproximado mucho a la realidad. El hombre de vidrio está ahí. Sus datos están almacenados”. Y dos años antes, en 1981, Horst Herold, hasta el año 1980 presidente de la Oficina Criminal Federal, de la RFA, había declarado en una entrevista con la revista “Transatlantik”: “Los peligros del gran hermano ya no son pura literatura. Son según el estado actual de la técnica reales”. Entretanto se ha perfeccionado vertiginosamente la tecnología microelectrónica de la información, observación, elaboración, cálculo y almacenamiento de datos de tal forma que “poseemos una técnica que es muy superior a la de Orwell”. Todos estos medios permiten o permitirían a la policía en pocos segundos hacerse una imagen exacta de cada ciudadano, sin que el ciudadano se dé cuenta. “Sólo hay que enlazar multidimensionalmente los datos”, dice Herold entusiasmado, lamentando al mismo tiempo por la “neurosis de datos” todo el saber está todavía por ahí y no sabemos lo que realmente sabemos, ya que, de lo contrario, este saber se podría “explotar, enlazar”, el cual, entregado a manos de la policía, sería un instrumento de diagnóstico social que abriría la perspectiva de una terapia. La policía, por lo tanto, como terapeuta —ya lo sabíamos: “la policía— tu amigo, tu salvador”.

¿La RFA como estado de observación total? ¿Pero qué tiene entonces todavía de libre, democrático, pluralista y de derecho? Si se tiene en cuenta que en la RFA existe una ley de protección de datos, muy discutida por cierto, y que en el año pasado la resistencia mayoritaria de la población de la RFA ha impedido por el momento tanto una dubiosa y peligrosa encuesta demoscópica total como la introducción de un carnet de identidad computable, entonces tenemos que constatar, en el contexto de lo dicho anteriormente, que por un lado sí que hay una voluntad estatal de observación y control muy fuerte y que existen también los medios humanos y sobre todo tecnológicos para realizar esta voluntad, pero que por otro lado esta voluntad tropieza todavía frecuentemente con la resistencia del pueblo —señal de que todavía funcionan algunos mecanismos democráticos— y que por lo tanto no vivimos todavía en un

estado de policía totalitario. Sin embargo existe el peligro, y por doquiera se incrementan últimamente los síntomas, de que el actual gobierno de la RFA, en su decidido y hasta desenfrenado afán de observación y control, repetidas veces frustrado, intente a través del ramal o canal de información —ejerciendo presiones, causando miedo, pervertiendo el lenguaje y manipulando la información— crear una opinión pública favorable a sus intereses de tal forma que el pueblo algún día elija “libremente” la sogá, con la que el estado lo ahorcará. ¿Totalitarismo? Para el historiador Karl Dietrich Bracher, uno de los mejores investigadores y conocedores del totalitarismo de la RFA, con el industrialismo y la tecnología está dada la primera condición del totalitarismo, que hace posible un dominio totalitario según la muestra del estado de Orwell.

II ¿Qué utopía genera la realidad de 1984? Fundamentación antropológica de la utopía.

Si la utopía de Orwell se ha realizado, si “el futuro de ayer es el presente de hoy”, es una cuestión más bien histórico-científica y de interés teórico. Desde el punto de vista práctico-existencial del hombre como ser actuante, el cual, trascendiendo el presente, establece metas, un aun-no, un futuro hacia el cual vive y el cual quiere realizar rompiendo el ciclo iterativo de trabajar, comer, dormir, copular, nos interesa saber qué horizonte, qué futuro se nos abre, qué aun-no, para fundamentar en este aun-no nuestro actuar y nuestro ser. Y no es irrelevante para la cuestión de la utopía saber en qué presente vivimos o cómo vemos el presente, puesto que según vemos, interpretamos y sentimos el presente o nos escaparemos del presente para refugiarnos en ilusiones y mundos oníricos o intentaremos cambiar el mundo según nuestra conciencia de un mundo mejor y más hermoso. Según la lógica de expectación utópica se podía generalizar que hasta hoy un presente sentido como negativo genera utopías positivas y venturosas mientras que un presente sentido como positivo, en el que se cumplen, instantáneamente, todos los deseos del hombre, o no genera ninguna utopía, o angustias irracionales y miedos fundados proyectan sombras aciagas del futuro sobre el presente. Desde que el *homo erectus* ve más allá del horizonte del mundo físico, desde que el hombre ha adelantado su cabeza al cuerpo, previendo las cosas, desde que tiene una idea de có-

mo aquellas, distintas, serían mejores y más hermosas, el hombre puede actuar, es decir no sólo reaccionar a necesidades físicas y estímulos exteriores, sino accionar, independiente de y con frecuencia contra estas necesidades. Accionar, actuar como consciente realización de aun-no, de una idea, actuar en el sentido de cambiar la realidad pero también en el sentido de cambio de lugar en la realidad. La cultura, comprendida ampliamente como arte, técnica, ciencia, etc., está fundamentada en el hecho de que en el hombre, trascendiendo el presente hacia aun-no y por lo tanto liberándose del presente, surge la necesidad —en este espacio, en este claro que se le abre— de hacer algo por encima de la satisfacción de sus necesidades físicas, algo no-necesario, superfluo, algo lúdico. Esta nueva necesidad o meta-necesidad se concreta en la voluntad de mover y cambiar las cosas en el mundo, tan pronto que el hombre, afectado por el mundo, empieza a conocer sus posibilidades. Y no tenía, originariamente, ninguna importancia, si el hombre sólo provocaba y movía algo en su mente o lo hacía en la realidad, si sólo mediante actos mágicos o mediante actos técnicos. Los deseos siempre precedían al saber, las proyecciones a las inducciones, los sentimientos al cálculo, los intereses a los conocimientos. Deseos y saber, proyecciones (que trascienden el mundo presente) y conocimientos (extraídos del mundo) que se juntarían y enlazarían para configurar imágenes contrarias al mundo presente, contra-imágenes, contra-mundos ideales, es decir: ilusiones, visiones, utopías que formarían parte sustancial de las religiones e ideologías. ¿Qué utopías? Una tipología sistematizada de las utopías que aquí no puedo ofrecer debería distinguir: 1°. según el grado de la realizabilidad: utopías concretas y abstractas (utópicas); 2°. según el contenido: utopías técnicas y sociales; 3°. según la valoración: utopías positivas y negativas (antiutopías); 4°. según la dirección: utopías progresivas y regresivas. En este contexto habría que tratar también de la futurología, contraponiéndola a las utopías.

El optimismo de progreso y el movimiento socialista revolucionario de los años 60 y 70 en la RFA.

¿Qué utopías tenemos hoy, 1984? ¿Qué perspectivas del futuro? ¿Es hoy válida todavía la fórmula de que un presente negativo genera utopías positivas mientras que un presente positivo, acaso,

genera utopías negativas? ¿Vivimos en un "valle de lágrimas" de modo que necesitamos ilusiones paradisiacas, "la felicidad ilusoria" (Marx), o vivimos en un mundo de bienestar, de la "felicidad real", que no necesita utopías? Utopías entendidas ahora como contra-ímagenes del mundo presente.

¿No es posible que hoy, cuando más sabemos sobre el mundo, sólo podemos desear lo que es posible y por lo tanto factible, que nuestros deseos, por consiguiente, se quedan rezagados detrás de las posibilidades y probabilidades, obligando tenerlas en cuenta? ¿Que la futurología y no ya alguna utopía determina nuestras relaciones con el futuro?

¿Pero no eran inmensas hasta hace poco estas posibilidades de modo que nuestros deseos no conocían barreras? ¿No habíamos creído en la era del optimismo del progreso y de la esperanza revolucionaria socialista que nosotros podíamos hacer lo que queremos? ¿No habíamos soñado hasta hace poco con un mundo en el que la tecnología habría derribado las barreras que la naturaleza nos había colocado y en el que con la creación de una sociedad sin clases y la superación de la explotación del hombre por el hombre podríamos vivir irrestrictivamente según nuestras necesidades?

¿Qué es lo que ha acontecido, en sólo pocos años, si de repente tenemos la sensación de que no todo lo que deseamos es factible y de que sobre todo no todo lo que deseamos y podemos lo debemos hacer, ya que si seguimos haciendo lo que deseamos —y cada día deseamos más— pronto no habrá nada que hacer aquí en esta tierra? ¿Ha cambiado tanto la realidad en los últimos 15 a 20 años o sólo nuestra conciencia de la realidad?

Optimismo de progreso - esto significaba que el hombre mediante el instrumentarium tecnológico podría convertirse definitivamente en el dominador de la naturaleza y librarse de la maldición del trabajo, que con cada vez menos esfuerzos y tiempo podría satisfacer sus necesidades: alimentos, vestidos, vivienda y salud y de este modo ser libre - para sí mismo. Investigar lo investigable, hacer lo factible era el "ethos" de un optimismo ilimitado de progreso - the bigger the better. Y así se producía cada vez más y el que el hombre también necesitase lo que hacía no era la cuestión, ya que simultáneamente a la producción de las mercancías se producía a través de las agencias capitalistas de publicidad la demanda de estas mercancías. Cuanto menos el consumidor necesitaba una mercancía tanto más crecía el gasto para hacer llegar la mercancía al potencial comprador y tanto más seductoramente debía ser envuelta la mer-

cancía. Así el gasto de embalaje y de la publicidad están en una relación inversa a la utilidad de la mercancía. La mercancía, cuanto menos es necesitada, tanto más es ocultada - el consumidor ideal consume el embalaje y tira el contenido.

—Consiguiendo hacer comprar al consumidor una mercancía no por su valor de uso sino por su valor de apariencia, por su envoltorio, la publicidad demuestra algo más profundo que la seducibilidad del hombre. Ello revela la disposición existencial del hombre de desear la apariencia, la ilusión, lo superfluo - para no sentirse superfluo. Creo que fue Oscar Wilde quien señaló que la lucha entre los hombres no es ya por cosas necesarias sino por cosas superfluas, el lujo, puesto que estas desde un punto de vista existencial son mucho más importantes. Matarse por cosas superfluas. ¡Quién se va a conformar con tener lo necesario! Ya que la vida no tiene ningún sentido hay que vivirla mejor. El lujo, el consumo de estímulos, de estética, de ilusiones, es lo único que puede dar "sentido" a la vida después de que ella lo ha perdido. ¿Paradójico?

Quisiera hacer aquí algunas reflexiones sobre el hombre como productor de deseos que me parecen importantes por dos razones: por un lado para explicar cómo es posible que el hombre puede ver en el consumo algo como un "sentido" de la vida y por otro lado porque la auto-imagen del hombre occidental como productor y consumidor de lo superfluo es, según mi opinión, en gran medida causante de la crisis ecológica actual.

Comparando al hombre con el animal, Marx, sin llegar a desarrollarlo nunca, dijo que el animal desea lo que necesita mientras que el hombre necesita lo que desea. ¿Pero qué es lo que le hace al hombre desear para que necesite lo que desea y por consiguiente para que se apropie, se incorpore, consuma y escupa lo que desea? Evidentemente hay deseos largos que no se satisfacen nunca y deseos cortos que se satisfacen inmediatamente. Y hay deseos de cosas ideales o espirituales de la misma forma que hay deseos de cosas materiales. Y es evidente también que en las religiones e ideologías las energías desiderativas, para llamarlo así, son absorbidas y conducidas en una dirección, los deseos por lo tanto estabilizados. Y todo esto hace sospechar que los deseos del hombre son algo eminentemente psicológico que no necesariamente debe materializarse.

Sin explayarlo más ampliamente quisiera arriesgar aquí una fórmula breve y abstrata: o el hombre vive hacia una meta, hacia un algo, un Otro, y encuentra su satisfacción moviéndose hacia esta me-

ta, intentando alcanzarla, o el hombre no tiene a priori ninguna meta, ningún Otro hacia el cual se mueve, y entonces tiene que hacer del movimiento el objetivo de sus acciones. El hombre como productor de movimiento: speed, marcha, to be on the road (Kerouac), a cualquier parte, con tal que sea otra (Kierkegaard). No sabemos a donde ir, pero llegaremos más deprisa, dicen en una canción vienesa unos rockers en una esquina un sábado de la tarde, sentados en sus potentes BMWs y Suzukis. Tanto más speed, cuanto menos dirección. El trip cerebral y la transpersonalización: transcendencia hacia dentro, inmanente, ya que fuera, en este mundo crado por los hombre, ya no hay dioses, no hay espacio para dioses. O también el deseo dirigido hacia cosas materiales, hacia lo sensual. Desear las cosas sensuales para estar en marcha, en movimiento. Cuanto más corto y recto es el camino entre las necesidades y la satisfacción de las necesidades, tanto más tiempo queda para mí, para lo físicamente-ya-no-necesario, para lo superfluo, lo más-allá-de-mí —¿pero qué, hacia dónde? Amenaza el tedio— deseando cosas, poniéndome en marcha, me aparto de mí, me alejo del yo. Donde ya no estamos poseídos por ninguna Idea, donde ya no nos fascina ningún Dios, miles de cosas alrededor de nosotros tienen que fascinarnos. Donde la vida ya no tiene sentido, hay que vivir con los sentidos. Deseando cosas, consumiéndolas y consumiéndome en ellas para desear nuevas cosas para de nuevo consumirlas, estando así permanentemente en movimiento, vivo, existo: consumo ergo sum. L'art pour l'art - provocación, innovación, movimiento puro. Síntomas: action painting, happening, arte cinético, poesía visual, psychedelic art, el new sound y sobre todo: much power.

¿Tiempos eufóricos, los de los años 60 y 70? Mucha actividad, actividad hueca, ya que detrás del optimismo del progreso de aquellos años no había ninguna utopía fascinante, ninguna visión de un mundo mejor y más hermoso en comparación con el ya existente, a no ser la visión del the bigger the better, y a algunos esto ya les pareció big enough. Muchos vivían en la RFA ya en este mundo mejor, los sueldos subían, disminuían las jornadas, la red social era cada vez más tupida y crecía el tiempo libre, y de que el ocio, comienzo del vicio, no se convirtiese en ningún problema, se ocupaba la sociología del ocio de un lado y la industria capitalista del tiempo libre del otro. La utopía del mundo mejor, en realidad ya se había realizado, y mirando hacia el futuro sólo veíamos que materialmente las cosas iban todavía a mejor, pero esto ya no arrancaba a nadie de la silla. El progreso se había convertido en auto-

matismo. Había algo en el aire de que faltaba algo, y no faltaba, aquellos que proclamaban new frontiers, inventaban la calidad de la vida y hablaban de nuevas perspectivas y nuevos horizontes y de que había que devolverle a la vida otra vez un sentido. Pero como nadie decía cómo, esto se quedó en mera retórica. Nadie al fin y al cabo, señalando el futuro, podía decir otra cosa de que el hombre seguiría produciendo y consumiendo cada vez más. Finalmente, sólo le quedaría al hombre el papel de consumidor, ya que la megamáquina-robot asumiría plenamente el papel de productor. El hombre, desde el punto de vista del homo faber, ya no pintaría nada. Así la sociedad, incapaz de generar una utopía arrebatadora —¿y cómo lo iba a hacer?— producía cotidianamente miles de ilusiones para hacer olvidar que, en realidad, no había más futuro que el presente.

Vivir sin sentido vertical, sin “el sueño hacia adelante” (Bloch); trabajar y cada vez menos sólo para consumir, cada vez más; para crecer lateralmente, para ensancharse, para ser cada día más gordo —a esta perspectiva horizontal de la vida que la sociedad de rendimiento y consumo ofrecía se negaron muchos en aquellos años que habían esperado más de la vida. Consumo, ergo sum— esto se había convertido en una visión, en una utopía de horror para muchos. Los unos ensayaban en privado su bienaventuranza, se pusieron en marcha hacia nuevos y viejos dioses exóticos, lo probaron con el Zen, se ejercitaban en Yogha y peregrinaban a Poona a ver a Bhagwan, y cambiando de dioses como otros de camisa demostraban hasta qué punto estaban ya metidos en una lógica de consumo, según la cual todo alrededor y encima de nosotros no es al fin y al cabo otra cosa que un pretexto para evadirnos de nosotros, alejarnos del yo, a cualquier parte con tal que sea otra. Los otros, en cambio, buscaban sentido en la historia ya que no valía nada una vida en la que no se podía hacer historia, dejar huellas, una vida que se agotaba, se consumaba en la consumición. No quisiera entrar aquí en una discusión de si el renacimiento del marxismo intelectual y juvenil en la RFA en una fase de creciente bienestar para todos obedecía a la lógica de la dialéctica marxista o a otras razones. Pero que un grupo sociológico que no era obrero se convirtiera en portador del movimiento revolucionario, es antimarxista. Y que lo fuera un grupo que no estaba en el proceso de producción y por lo tanto no era explotado, es antimaterialista. Con los estudiantes se convirtió un grupo sociológico en portador del movimiento revolucionario que ni tenía preocupaciones materiales ni que te-

nía que temerlas para el futuro. En esta fase postexistencialista — el Ser de Heidegger se había desvanecido ya — el descubrimiento de la sociedad sin clases como meta histórica se convirtió en la posibilidad de movilizar fuerzas y de comprometerse con algo que arrancaba al hombre de la vida cotidiana del consumo. Y sólo era una cuestión de temperamento y de la conciencia teórica del marxismo, si uno quería realizar la sociedad sin clases now or never mediante acciones espectaculares vociferando staccato ho-ho-ho-tsch-minh o emprender la larga marcha a través de las instituciones.

La discrepancia, pues, entre la pretendida maldad de la realidad y la sublimidad de las metas históricas permite sospechar que al menos los grupos más radicales tenían que diabolizar el presente, esta corrupta sociedad capitalista, para, en nombre de un futuro mejor y más hermoso, obtener la legitimación ética de destruirlo. “Destrozad lo que os destroza”. Así crearon un hueco en el que el heroísmo volvía a ser posible, encontraron la posibilidad de hacer historia cuando ya parecía que la existencia humana tenía que consumirse en el consumo. La legitimación del acto revolucionario en una sociedad que había reducido al hombre al papel de productor-consumidor fue, sin embargo, posible también porque los estudiantes se habían sensibilizado por las injusticias subsistentes en esta sociedad mientras que por el otro lado se habían identificado, yendo muy lejos, con los explotados en el tercer mundo, haciendo suya, desde lejos, la explotación de aquéllos. Grotesco, por cierto, fue el intento frustrado de conquistar al obrero alemán, sujeto, según Marx, de la revolución, para la lucha contra el capitalismo y por lo tanto contra sus propios explotadores. Como éste no veía la miseria que los estudiantes revolucionarios habían proyectado en él y en su situación, éstos tuvieron que meter en las cabezas obreras, en campañas de concienciación, la conciencia de su verdadera situación. Que el obrero en su mayoría no quería saber nada de su propia liberación y prefería permanecer sentado delante del televisor, botella de cerveza en la mano, lo demuestra el hecho de que si un estudiante lograba conquistar a un obrero era homenajeado como un héroe. “Tenemos un obrero en nuestras filas” fue casi un grito de victoria.

La utopía verde - respuesta a la creciente destrucción de la naturaleza.

El optimismo de progreso de los años 60 y 70 no era ni contenía ninguna ideología en el sentido de un contra-mundo cualitativamente mejor, era simplemente la confianza en un automatismo: el futuro repetiría lo que ya era el presente - sólo que más grande. Y el socialismo, el socialismo revolucionario de los estudiantes, era, grosso modo, la respuesta a una situación que no ofrecía perspectivas históricas, era expresión de la disconformidad con un mundo que no ofrecía sino producir y consumir.

La crisis energética, el conocimiento de los resultados de las investigaciones del Club of Rome sobre la escasez de materias primas y recursos naturales, los crecientes daños ecológicos en la naturaleza, los problemas de los depósitos de sustancias radioactivas y residuos venenosos, la crisis económica general, el paro y no en último término la perversión de la política de seguridad de los militares (enmarañados en la lógica suicida del *si vis pacem para bellum* y aturdidos por la fórmula del equilibrio del terror) y la conocida espiral armamentista, todo eso ha cambiado notablemente la realidad desde principios de los años setenta y asimismo nuestra conciencia de dicha realidad. Y si miramos al futuro, friamente, debemos reconocer que, caso de seguir así, nos encontraremos pronto ante la alternativa de un apocalipsis nuclear, tras el cual podrán “los muertos enterrar a los muertos” (Bloch), o un colapso ecológico total. No podemos continuar ya en la ética del progreso ni tampoco confiar más en la fórmula del *the bigger the better* si queremos superar la crisis ecológica, que se ve caracterizada precisamente porque por un lado estamos explotando cada vez más la naturaleza, excavando y ahuecando la corteza terrestre, mientras que por el otro nos encontramos sobrecargándola y originando cada vez más y mayores montañas de basura.

La nueva conciencia, a menudo aún no articulada y sólo existente como un sentimiento generalizado, de que así no puede continuarse, ha llevado a una creciente alienación entre los ciudadanos y el estado y al rechazo de un estado que se representa cada vez más a sí mismo. Y ha aumentado el número de aquéllos que, espontáneos u organizados en grupos de base de iniciativa ciudadana o en el partido de los verdes, ya no se identifican con el estado, es decir con el para ellos por el estado prescrito rol de productor-

consumidor. Técnica y estado, originariamente medios en la lucha con la naturaleza y con los otros hombres para la satisfacción de nuestras necesidades, se han transformado bajo la forma del tecno-estado capitalista de la producción y consumición en el Leviathan que amenaza engullirnos.

No voy a dar aquí en este marco datos ni cifras sobre la explotación de la naturaleza y los daños ecológicos, daños que son a menudo consecuencia de "mejoras" unilaterales y de intervenciones radicales e irreparables, ya que por un lado no le dejamos a la naturaleza el tiempo suficiente para regenerarse mientras que por el otro no conocemos, dada la multidimensional e inextricable trabazón de las cosas de la naturaleza, la terapia adecuada. Debiera hablar en este contexto del consumo de lo superfluo, del absurdo intercambio de mercancías, de la destrucción de ecosistemas por la construcción de vías de comunicación, de las por el coche creadas distancias y la consiguiente sociología dispersa y de muchas cosas más, todo consecuencia de una absurda producción de deseos, de una ilimitada producción de deseos materiales. Y si nos imaginamos ahora que la población de los países del segundo y tercer mundo se encuentra igualmente en el camino de emular nuestro buen ejemplo —mientras que occidentales, hartos del bienestar, peregrinan hacia el este, para dejar explotar su déficit de transcendencia por un astuto guru—, si nos imaginamos esa tendencia mundial de la socialización de la felicidad material, entonces no necesitamos mucha fantasía para darnos cuenta de que pronto ya no podremos permitirnos el lujo de luchar por bienes de lujo sino que nos veremos forzados a luchar por la mera supervivencia.

En vista de esta situación hay quienes tienen miedo a la tecnología, a nuestros medios de poder, lo que en el fondo es el miedo del hombre a sí mismo, a su propia debilidad. Ya que el hombre no ha crecido moralmente en la medida que han crecido sus medios, no está a la altura de sus medios. Y así existe el peligro de que algún día la espada nos guíe la mano en lugar de que la mano guíe la espada. Nos sentimos impotentes ante un poder que nos puede llevar a destruir la naturaleza en lugar de dominarla, y con ello también nuestro oikos, nuestra casa. Hay quienes añoran un mundo pretecnológico —retour a la nature—, un tiempo que se encuentre antes de las creaciones del hombre. Carl Amery habla en su utopía *El ocaso de la ciudad de Passau* del "restablecimiento de las cosas naturales", y Winston Smith, protagonista de *1984*, sueña asimismo con un mundo no deshumanizado por los inventos y las crea-

ciones del hombre. Y así surge dentro de *1984*, la utopía negativa de Orwell, una nueva utopía, una utopía verde.

¿Quién no quiere en esta ciudad, en Zaragoza, soñar con aquella Zaragoza, que Al-Qazwini así describiera: "la ciudad blanca" es una de las "ciudades españolas que cuentan con la mejor tierra, las más hermosas casas, la más abundante fruta y la más rica agua".

¿Vuelta a la naturaleza? No podemos volver, no podemos vivir de espaldas a la tecnología, ahí está. Conciencia ideológica, fríamente vista, puede significar en el mejor de los casos que no nos dejemos instrumentalizar por el tecno-estado como productores-consumidores, sino que debemos hacer nuevamente de tecnología y estado instrumentos para la satisfacción de nuestras necesidades. Y ello definiendo nuevamente estas necesidades y permitiéndonos sólo aquellos deseos que no conduzcan a una destrucción de las bases de la vida humana. Como es sabido, Marx partía de que en esta tierra había suficiente para satisfacer todas las necesidades del hombre, pero no previó la dinámica de la producción de deseos. ¿Aún podemos hoy darle la razón? Sí, imaginando al hombre de hoy con las necesidades de ayer. Para eso, tal vez, fuese necesario un cambio de paradigma: del *homo faber* y *consumptor* al *homo contemplativus*.

¿Histeria apocalíptica? Tal vez, pero entonces la reacción de uno de los ministros del actual gobierno de Bonn que, enfrentado al problema de la masiva muerte de árboles consolaba al preocupado ciudadano alemán diciendo que se crearían árboles resistentes a la lluvia ácida, ya no es optimismo de progreso, es cinismo de progreso. "Primero mueren los árboles, luego los hombres" (slogan de los verdes). Con esa misma lógica cínica debería, ante la evidencia de que hombres enferman y mueren por la dioxina, decirse: habrá que crear hombres resistentes a la dioxina. Hombres como ratas comiendo cualquier porquería. Y como habremos dejado suficiente basura no tendremos que preocuparnos de que los homunculi, resistentes a la dioxina, orgullo de la ingeniería genética, no vayan a sentirse hartos y felices.

BIBLIOGRAFIA

- "Der Spiegel", n° 1, 1983.
- "Transatlantik", n° 11, 1980.

Karl Dietrich BRACHER, *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Editorial Alfa, Barcelona/Caracas, p. 60.

Ernst BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*, tomo 1 y 2, Suhrkamp Verlag, Frankfurt.

Dieter HASSELBLATT (ed.), *Orwells Jahr*, Ullstein Verlag, Frankfurt.

Karl MARX, *MEW*, tomo 1, pág. 69 y s.

Ernst BLOCH, *Über Karl Marx*, edition suhrkamp, p. 126, cit. según natur, Ringier Verlag, München, n° 1, 1984.

Wilhelm HOENERBACH (ed.), *Islamische Geschichte Spaniens*, Artemis Verlag, Zürich, p. 341 y s.

FLUJOS DE ALIMENTOS Y MATERIAS PRIMAS: CRISIS DE LAS ECONOMIAS AUTARQUICAS

Luisa M^a FRUTOS

Al iniciarse el año 1984 se cumple una década de crisis económica mundial provocada por el alza de los precios de los productos energéticos y de las materias primas, cuya repercusión en todos los países pone de manifiesto su concatenación por medio de los intercambios comerciales. Esta fuerte dependencia mutua nos sitúa muy lejos de la autarquía económica pensada por Orwell para esta misma fecha.

La internacionalización del comercio mundial, que se había iniciado en el siglo XIX con la expansión de la revolución industrial, se acelera a lo largo del siglo XX con un crecimiento algo espasmódico pero de tendencia positiva sostenida, saltando de los veinte mil millones en 1900 a cuarenta y dos en 1921 y a sesenta y ocho en 1929, en vísperas del "crak" de la bolsa y el hundimiento general del comercio. La década siguiente, seguida de la guerra mundial, no propicia un incremento fuerte de los intercambios, pero el ritmo se va recuperando y en 1948, cuando Orwell escribe su novela, el valor de los mismos ha ascendido a ciento veinte mil millones de dólares, participando todos los países, incluso los socialistas (cua-